
Condorcet

Revolucionario Francés

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8953

Título: Condorcet

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 13 de julio de 2026

Fecha de modificación: 13 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Condorcet

El escritor de este nombre, filósofo, matemático y químico de alto vuelo, nació marqués, de una de las más viejas familias de Francia, y fue criado hasta los doce años por una madre fanática que, habiéndolo consagrado a la Virgen, lo vistió de niña hasta aquella edad. Tradición, educación, ambiente, todo conspiraba para hacer del afeminado aristócrata un reaccionario. Su destino debía ser muy otro.

Miembro de la Academia Francesa a los 39 años, mimado por la Corte, por los grandes sabios de todo el mundo, la ex niña solo esperaba un rayo de luz para encontrar su camino de Damasco.

Dióselo la revolución americana, como a tantos otros. Amigo íntimo de D'Alembert y Voltaire, la revolución francesa lo contó entre sus más puros hijos. Así como Robespierre representó el Principio en la acción, Condorcet lo representó en la fe. Nadie creyó ni sostuvo como él las ideas de la gran revolución. El hombre que condenó al rey a galera perpetua no era un combatiente entre las muchedumbres. Bueno sobre toda ponderación, de pobre aspecto y salud débil, casóse a los 43 años con una joven de 20, quien tuvo la lealtad de decirle que, aunque le confiaba su vida, no lo amaba. Condorcet, con más lealtad aunque ella, nada exigió a su mujer.

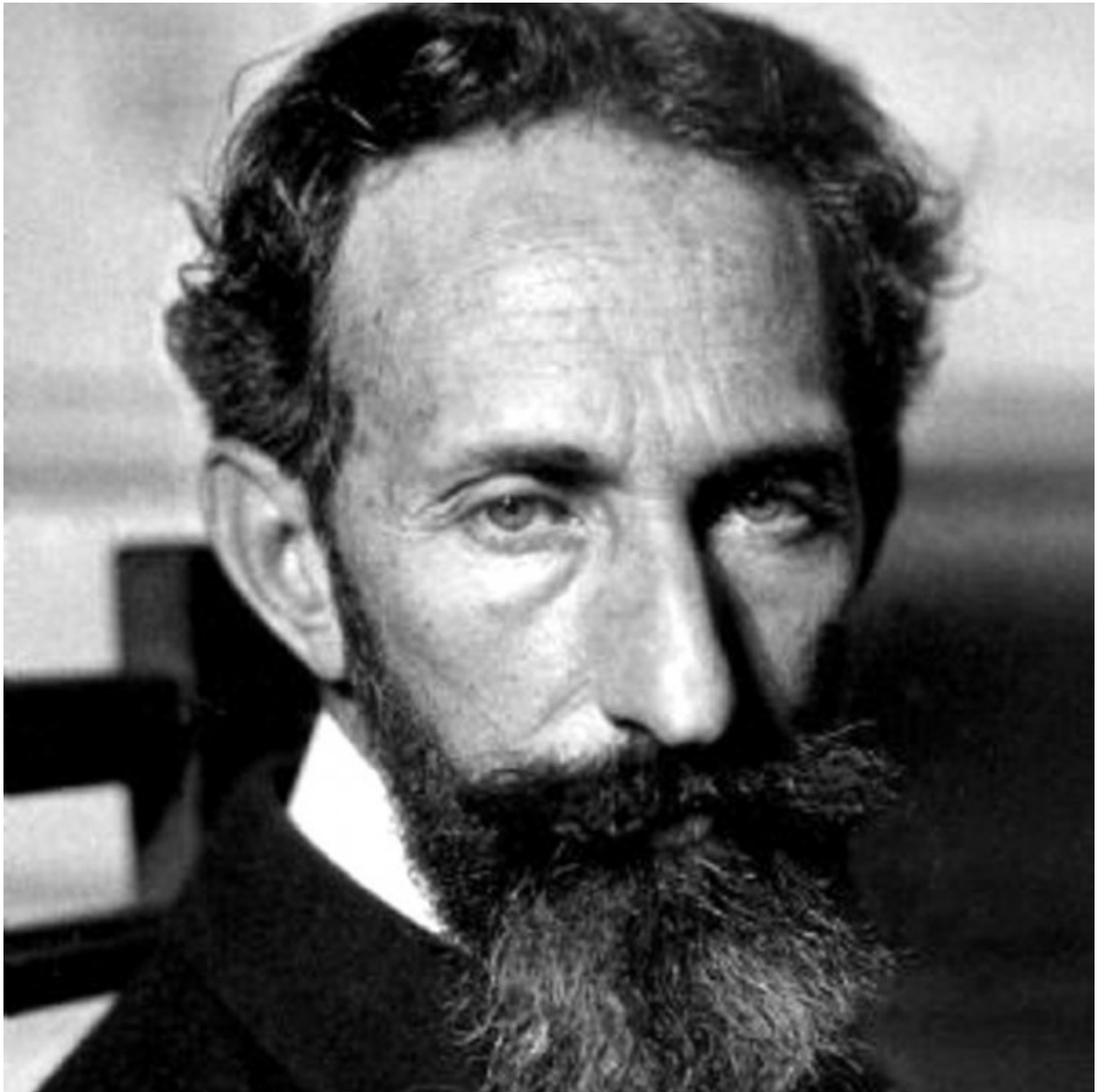
La caída de los girondinos arrastró consigo a Condorcet. Fue puesto fuera de la ley, y sus bienes, confiscados. Sin suficiente fe en la muerte para entregarse a la guillotina, e inmensa en el hombre y en la tierra que lo alienta, vivió ocho meses escondido en una buhardilla, con escaso fuego y casi escaso pan. Todas las noches su mujer, que había puesto un

taller de planchado para poder vivir, lo visitaba disfrazada, exponiendo en cada visita su existencia.

Pero no era ya la desdenosa joven de antaño: de la admiración había pasado al amor más apasionado, contando en aquel momento con varios hijos de su marido. Noche a noche exponía su vida por verlo. Y como Condorcet, reducido a la más gran pobreza, no tenía sino una camisa. Se quedaba en cama, mientras su mujercita lavaba y planchaba su única prenda. Entre tanto, el sentenciado a muerte, víctima injusta si las ha habido, escribía una obra de gran aliento sobre la perfectibilidad del ser humano,

Cuando varios años después de la muerte de su marido (Condorcet se suicidó), su mujer publicó la obra póstuma del gran republicano, a cuya gestación había ella asistido lavando y planchando cada página de aquel libro debía evocarle más de un pensativo recuerdo.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)